mejillas y una tristeza de suicidio se apoderó de él. ¿Para qué servía en el mundo? Para hacer la desgracia de todos los suyos. Amaba á su mujer y la engañaba sin tener siquiera por excusa el atractivo de la novedad. Y lloraba de vergüenza como siempre que no le dominaba por completo la embriaguez. Un grado más y pasaba al furor. En esas crisis era capaz de todo, hasta de matar. Pero no había llegado más que al período de enternecimiento y hacía los juramentos más solemnes de no caer más en sus deplorables excesos. Tarde seguía roncando con la boca abierta y una expresión de beatitud. Acaso veía en su sueño los quiméricos espectáculos de que le había hablado Cristián, que le miraba con envidia. Él no dormía jamás hasta que llegaba al último grado de intoxicación, cuando no había más que un pequeño espacio entre el delirio y la muerte. La noche llegaba y en la fábrica se encendían poco á poco las luces para alumbrar el trabajo. El despacho se había quedado en la obscuridad. Dieron las siete y sonó la campana para la salida de los obreros, Cristián seguía dominado por las alucinaciones y veía correr un torrente de alcohol que destruía todo á su paso, las fortunas, las obras maestras, los descubrimientos y las existencias sobre todo, á millones, todos los días... El torrente envenenado corría con un ruido formidable y en las orillas arrasadas florecían como fúnebre recolección las ruinas, los duelos y las miserias. Sobre las siniestras olas sobrenadaba una barca negra y, en pie, una figura cubierta con un sudario; la Muerte burlona y sarcástica.

Cristián no podía separar la vista de la formidable figura de la Muerte y de pronto le pareció que aquella cabeza huesuda de órbitas huecas, cambiaba de aspecto y tomaba una semejanza con Etiennette. Sí, era Etiennette, que, envuelta en el sudario, presidía los cataclismos y recorría el torrente de perdición. Le pareció que aquella horrible boca sin dientes le dirigía una sonrisa y que aquel brazo descarnado le llamaba. Cristián se resistía, pero la horrible figura le atraía con imperio y le decía : « ¡ Ven ! ¡ Lo quiero ! ¡ Es el desquite de la humanidad envenenada ! ¡ Vendedor de veneno, muere por el veneno ! Cristián se sintió incapaz de huir y dió un grito de espanto. La puerta del despacho se abrió y apareció Moulin seguido por Genoveva. La joven dió un grito de desesperación, pero, dueña de sí misma, dijo al director :

— Asegúrese usted de que nadie nos molestará ni sospechará nada.

— Cuente usted conmigo, señora.

Genoveva dijo, mostrando á Tarde, que seguía dormido :

— ¿Puede usted hacer que se lleven á este pobre hombre?

— Lo intentaré.

Moulin, que era vigoroso, cogió al ingeniero por debajo de los brazos, le arrastró hacia la pieza vecina, y le dejó en el suelo sin cuidarse de levantarle. Genoveva se quedó mirando á Cristián, que, incapaz de moverse, pero reconociendo á su mujer, la miraba con expresión estúpida y le tendía las manos como á una libertadora.

— Tome usted mi coche, dijo Genoveva al director, y vaya á San Remigio á buscar al doctor Angogne ; se lo ruego.

— En un cuarto de hora se lo traigo á usted.

Ya sola con Cristián, Genoveva echó agua en un vaso, mojó el pañuelo y lo pasó suavemente por la frente de su marido, el cual dió un suspiro de alivio, juntó las manos y murmuró :

— ¡ Genoveva !... ¡ Oh !... ¡ Genoveva !...

— Cállate, dijo la joven dulcemente... No hables ahora... Vuelve en ti... Después te explicarás, si tienes algo que explicar...

Cristián no dijo una palabra más pero dejó correr por sus mejillas gruesas lágrimas y su cara expresó tal pena y tal vergüenza, que la joven, anonadada por aquella recaída tan brutal á sus antiguos tormentos, se dejó caer en una silla al lado de Cristián con la cara oculta entre las manos para ahogar los sollozos. Y ambos lloraron juntos como si se dieran cuenta de que acababa de ocurrirles un desastre que arruinaba para siempre su tranquilidad.

Se oyeron unos pasos rápidos y el ruido de voces y el doctor Angogne entró con Moulin. El joven médico, con la cara alterada por la inquietud, se aproximó á Cristián y le cogió la mano, sin preocuparse siquiera de saludar á Genoveva. El director desapareció y los dejó solos para que pudieran decirlo todo.

— ¿ Qué ha pasado ? preguntó el doctor. No es admisible que ese pobre Tarde haya sido el iniciador de tal aventura. ¿ Cómo es que estaba aquí para tomar parte en ella ? ¿ Cómo ha ocurrido esto ?

Cristián hizo un movimiento. Tenía la borrachera terriblemente lúcida y no se le había escapado nada de lo dicho por el doctor.

— Yo he sido la causa de todo, dijo con voz sorda... Tarde no quería beber y yo le he obligado...

— Pero ¿ por qué, Dios mío ? ¿ Qué significa este frenesí repentino ? exclamó Genoveva mostrando la mesa llena de botellas. ¿ Es un acceso de demencia ?

— Cálmese usted, dijo Angogne, y no le haga reproches... Déjele explicarse...

— ¡ Oh ! Puedo oirlos... No serán nunca bastante violentos... No tengo excusa...

Cristián hablaba con una sinceridad completa, y el doctor tuvo el presentimiento de que las revelaciones que iba á hacer podían agravar la situación. Quería dejar á Cristían tiempo para volver en sí y resolvió ahorrar á Genoveva un dolor acaso más vivo. Pero la embriaguez de Cristián era de las que no obedecen. Había decidido confesarlo todo y lo hubiera hecho aunque le mataran, sin pensar en las consecuencias de sus revelaciones.

— Cállese usted, doctor, dijo con pesadez ; es preciso que Genoveva sepa... No, no ha sido el pobre Tarde, sino yo, quien ha tenido la idea de entrar aquí... Moulin nos habló de los licores... Veníamos de Dammarie, de casa de los Steingel...

El joven tuvo un acceso de alegría que crispó sus labios, pero la mirada permaneció dolorosa y triste.

— Los Steingel... Hay que desconfiar de esa gente... No son lo que parecen... El conde es un imbécil que ha presentado como su mujer á una perdida... Pero yo la conocí el día en que los vimos en el bosque... Y Vertemousse también... No dijimos nada, ni nosotros ni papá, que también la conoció... Todos sabían quién era, pero se callaron... por miedo... Yo soy el único que no la temo...

Inclinó la cabeza sobre el pecho y poseído de un acceso de desesperación, dijo gimiendo :

— ¡ Y, sin embargo, es una bribona atroz ! ¡ La miserable ! ¡ Qué daño me ha hecho ! ¡ Y cuánto quiere hacerme todavía ! Porque está aquí por mí ; lo sé...

Su voz se extinguió y Cristián se quedó sin hablar, llorando delante de Genoveva y de Angogne, que le miraban inmóviles y ya interesados por sus explicaciones,

en las que empezaban á entrever el drama del que aquella escena dolorosa era un episodio.

Cálmese usted, dijo el médico, y beba esto. .

Y le dió un vaso de agua azucarada.

Cristián le rechazó con fuerza...

— No... Déjeme usted tranquilo... Todo lo que sea beber, aun agua, me repugna... Escuche usted lo que tengo que decirle... La condesa, con la que ese idiota alemán quiere casarse, es Etiennette... la famosa Etiennette Dhoriel, que no me ha perdonado que la abandonase... Debí pensar que querría vengarse... ¡Hay en ella tanto veneno! Es la criatura más perversa que conozco... La he visto un día matar un perrillo negro que tenía, porque no quería obedecerla... Le cogió por el cuello y le echó por la ventana de un segundo piso... El perro se estrelló contra las piedras... ¡Pobre animalito!... La mujer que asesina á un pobre animal inofensivo porque no ha comprendido su capricho, es un monstruo...

Volvió á sollozar, y Genoveva, helada de horror, se preguntaba si el desgraciado lloraba su abyección ó la muerte del perro de Etiennette Dhoriel; si estaba arrepentido de su abominable conducta ó si se dejaba dominar por una sensiblería de imbécil. El doctor comprendió la angustia de la joven y dijo:

No es responsable de las frases que pronuncia. No les dé usted ninguna importancia... Acaso no son más que invenciones... Nada prueba que la condesa de Steingel tenga nada que ver con Etiennette... La conozco y dudo mucho que sea lo que su marido de usted asegura... Es una persona muy reservada y muy distinguida...

— Sí, sí, dijo con ironía Cristián. La reserva y la distinción de Etiennette... Bien se ve que no la ha oído

usted decir insolencias... Es una gran comedianta, que se la da á otros más corridos que usted... yo mismo que me la sé de memoria, he caído hoy en sus redes y he creído en su inocencia... Me ha hecho una escena de pudor, ha enrojecido, ha temblado, ha gritado... Por poco llama á su madre... ¡Ah! ¡Qué desdicha!

Tomó un aire grave y dijo con resolución:

— ¿Quieren ustedes creerme? Denme una escopeta... Vuelvo á Dammarie y la mato como á una loba rabiosa... Le prestaré un servicio al conde, que cree en sus historias, el imbécil... Sí, no hay más que eso que hacer, para que todo el mundo se quede tranquilo... Hay que matarla...

Se puso en pie con mucho trabajo, pero ese movimiento bastó para turbar su lucidez. Se pasó la mano por la frente y dijo:

— ¡Todo da vueltas! ¿Por qué gira todo de esta manera?

El doctor le cogió por los hombros y le empujó suavemente hacia el canapé, le hizo echarse, le puso un almohadón debajo de la cabeza y dijo al verle más tranquilo:

— Se va á dormir. Dentro de unas horas estará repuesto. ¡Pero qué sacudida!

— ¡Y qué temores para el porvenir!

— Acaso no es más que un accidente... No hay que ver las cosas más sombrías de lo que son. En suma, la recaída que todos temíamos se ha producido... Tratemos de sacar partido para obtener una mejoría moral...

— No olvide usted lo que Cristián decía hace un momento en su sinceridad. Lo que sucede no es casual, sino el resultado de una acción combinada por una voluntad enemiga... Esa Dhoriel es el agente principal de nuestra desdicha; no lo dude usted. Cristián dice

la verdad... Por lo demás, yo me cercioraré mañana mismo.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— ¡Defenderme! Esa mujer destruye mi tranquilidad é impulsa á este desgraciado á la abyección y me pregunta usted qué pienso hacer... Sea condesa ó Etiennette, gran dama de pacotilla ó perdida auténtica, la afrontaré cara á cara... Y veremos si esa criatura tan temible sabe infundir miedo á una mujer honrada que quiere proteger la seguridad y mantener la dignidad de los suyos. Puede que la tal Dhoriel sea un monstruo de hipocresía y de maldad; en este caso bueno es convencerse. Cuando haya visto á la persona que habita Dammarie, sabré cómo debo habérmelas con ella. Y respondo de que no vacilaré...

— ¡Cómo! ¿Usted, tan tranquila y tan dulce?...

— Yo, tranquila y dulce, en efecto, cuando conviene serlo. Pero no me tome usted por una mujer sin corazón y sin seso... Tengo derechos que hacer valer y los sostendré.

Genoveva hablaba con una tranquila firmeza que asombraba al doctor. Juan miraba á aquella joven tan ignorante de la vida, pero animada por una ardiente fe en la bondad de su causa. Era una mujer á quien querían robar su marido y le defendía... ¡Y, sin embargo!... El doctor echó una mirada al desgraciado que dormía en el canapé, inconsciente de todo. ¿Valía la pena de que se arriesgase nada por él aquel borracho que no tenía ni el pudor de su vicio y que le exhibía delante de sus subordinados y de su mujer, refugiado como una bestia entre las botellas vacías? Juan Angogne pensaba que si los azares de la vida le hubieran hecho conocer á aquella encantadora Genoveva antes de que fuera prometida de Cristián, hubiera aspirado á darle su nombre y á trabajar para hacerle glorioso. Tal como la conoció antes de que se casara, tal la veía en aquel despacho, al lado de su esposo que dormía y se quejaba vagamente en su sueño. Bien merecía que se le ayudase en su tarea y que aquella mártir del deber encontrase un apoyo en un mártir del desinterés. La expresión de aquellos nobles pensamientos debió de reflejarse en la mente del doctor, pues Genoveva dijo:

— Está usted pensando en los medios de ayudarme en la lucha que voy á emprender; lo adivino. Sé cuál es su adhesión y no me ruborizo de inspirarle lástima... ¡Gracias, doctor, por sus cordiales y delicadas intenciones!

Genoveva le ofreció francamente la mano y él la cogió con respeto y dijo con una sorda vibración en la voz:

— Mande usted. ¿Qué quiere usted que haga? Estoy enteramente á su discreción...

— Pues bien, deseo que me proporcione usted una entrevista con la supuesta condesa... Esa mujer va al sanatorio... Trate usted de saber qué día irá para que yo me presente también... Procuraré que mi suegro esté presente, á fin de que pesemos con toda nuestra autoridad sobre la resolución de la tal Dhoriel. En suma, no tiene más poder que el que funde en la debilidad de Cristián y, á creerle, él la sufre con impaciencia y casi con odio... Si el padre y la esposa no consiguen hacerse oir de esa mujer en nombre de la familia, de la moral y de le razón, entonces...

Juan la miró con ansiedad.

— Entonces... ¿Qué?

Genoveva se esforzó por sonreir y dijo agitando la mano con expresión indecisa:

— Entonces, veremos qué debemos hacer en vista de las circunstancias. Tengo el ardiente deseo de vencer, pero mis medios son escasos y mucha mi inexperiencia. ¿Qué regla de conducta adoptar? No se puede obligar á una pobre mujer á que viva al lado de un marido que la ofende, que le hace traición y que la mancha con sus miserables disipaciones. ¿Será más fácil impresionar á ese desgraciado separándose de él que estando siempre á su lado para reprocharle sin cesar sus faltas?... ¡No conozco nada tan repugnante como la embriaguez!...

Y con un ademán consternado señalaba á Cristián tendido en el canapé, soplando, congestionado, inerte. El doctor se callaba y pensaba al mismo tiempo : « ¿Me atreveré á probar en el hijo de Vernier el experimento del sérum que tan bien ha resultado en los pobres diablos que cuido en el sanatorio? Á éstos los tengo bajo mi autoridad, pero Cristián... Si una sobrexcitación enloqueciese su cerebro y fuese el remedio peor que la enfermedad ¡qué responsabilidad la mía! ¿Á quién pedir la autorización para intentar el experimento? Una arruga se dibujó en la frente del médico, que hizo un gesto de resolución y se respondió : « Á mi conciencia. » Había visto claro en su pensamiento y se atrevió á decir á Genoveva :

— Después de que haya usted agotado los medios morales para curar á su marido, habrá medios materiales de que yo dispongo... Ciudaremos al señor Vernier como á un enfermo y espero que llegaremos á curarle.

— ¿Es un procedimiento *in extremis*, como la camisa de fuerza que se pone á los locos?... ¡Cuánto preferiría deber la salvación de Cristián á la resurrección de su sentido moral!

— Trate usted de conseguirla, señora... Procurémoslo todos... Y si no obtenemos resultado, forcemos á la materia para conseguir lo que no hemos logrado del espíritu.

Cristián hizo un movimiento como para levantarse.

— ¡Silencio! Parece que se despierta.

— No. Tiene aún para una hora... Podría darle algún revulsivo para apresurar su alivio, pero sería en detrimento del sistema nervioso. Más vale esperar.

— Esperemos, pues.

Genoveva se sentó en la obscuridad y, sin hablar y siguiendo sus pensamientos rápidos é inquietos, el doctor y ella permanecieron en el despacho, velando al borracho, que seguía durmiendo.